

De la declaración al Subcomité de la Cámara de Representantes sobre Igualdad de Oportunidades y Pleno Empleo (1975)

Coretta Scott King era una activista comprometida y, en la década de 1970, estuvo especialmente activa en la búsqueda del pleno empleo. Ella dio la declaración reproducida aquí al Congreso para abogar por una política de pleno empleo, el proyecto de ley Humphrey-Hawkins. Los intereses corporativos y comerciales lucharon arduamente para limitar esta política y suprimir su apoyo. Aunque el proyecto de ley se convirtió en ley en 1978, no ha obtenido el apoyo suficiente para garantizar la financiación o la ejecución. La declaración de King expresa las visiones originales detrás del objetivo del pleno empleo.

“No tengo ninguna duda de que entre todos los problemas y desafíos urgentes que enfrenta Estados Unidos, ninguno es más importante para la eliminación del sufrimiento humano y el avance del ideal no violento que el tema de proporcionar empleos para todos los estadounidenses. . . . Empleos para todos los desempleados en Estados Unidos, más que cualquier otro programa social, impulsaría a Estados Unidos hacia el cumplimiento de su promesa de brindar justicia y una vida decente para todos sus ciudadanos.

Es esta creencia la que me llevó a aceptar la tarea de copresidente del Comité de Pleno Empleo recientemente organizado, junto con el Sr. Murray Finley, presidente de Trabajadores de la Confección Amalgamados. La declaración de propósito de esa organización es, creo, una declaración muy clara y convincente del problema que enfrentamos. . . . Dice:

Creemos que la oportunidad de trabajar es un derecho fundamental sin el cual la dignidad humana y la igualdad se ven disminuidas o se les niega a millones.

El problema que influye en todos los demás problemas es la persistencia y el aumento del desempleo. Ahoga las esperanzas de millones, especialmente de los jóvenes; genera inseguridad para los desempleados; es un peso muerto económico que resulta en la pérdida de miles de millones de dólares en nuestro producto nacional bruto.

El pleno empleo redundaría en interés de los empleadores, porque para sus clientes deben depender de aquellos que están empleados; redundaría en interés de los empleados, porque su seguridad laboral depende de la economía del pleno empleo; es de interés para la nación en su conjunto, porque es necesario para la estabilidad económica, la moralidad política y la tranquilidad social.

Durante casi tres décadas, la Ley de Empleo de 1946 ha prometido, pero nunca exigido, una política de pleno empleo. . . Las últimas tres décadas también han visto el surgimiento de un sofisticado “juego de números” en el que el “pleno empleo” se define como un porcentaje cada vez mayor de desempleo. Para nosotros y para la nación, el desempleo involuntario en cualquier caso es moralmente inaceptable. Para nosotros, el pleno empleo significa que no hay desempleo involuntario.

Otro fenómeno de la posguerra es la creencia de que el pleno empleo no puede lograrse sin tasas sustanciales de inflación, ... [pero] el pleno empleo genuino puede ayudar a combatir la inflación mediante el aumento de la producción de bienes y servicios. . . .

No dudo en afirmar que esta noción profundamente pesimista —de que el pleno empleo es imposible— no necesita y, de hecho, no debe ser aceptada. Porque si, como dice el refrán, la guerra es demasiado importante para dejarla en manos de los generales, entonces es igualmente cierto que la justicia social y económica en Estados Unidos es demasiado importante para dejarla en manos de los economistas. Hay algunas cosas que son verdades evidentes, hechos que son tanto propiedad de todos los estadounidenses como las palabras resonantes de la Declaración de Independencia.

Una es que Estados Unidos es un país rico en recursos, amplio en tierra y pesado en herramientas e instrumentos que construyen ciudades y fabrican bienes. Los bienes que producimos y el nivel de vida de la mayoría de nuestros ciudadanos nos convierten en la envidia del mundo. Por lo tanto, es inaceptable que toleremos cualquier argumento en contra del pleno empleo que diga que simplemente no

podemos pagarlo. Si ciertos países europeos, algunos de los cuales no serían más que estados si fueran transferidos a Estados Unidos, pueden emplear virtualmente a todos sus ciudadanos, entonces nosotros también.

Una segunda verdad es que, a pesar de toda nuestra riqueza, queda una amplia gama de tareas por realizar. Es una de las vergüenzas perdurables de la historia contemporánea que Estados Unidos, con el ingreso per cápita más alto del mundo, esté a la zaga de muchos países en índices de salud y bienestar como la mortalidad infantil.

Los hombres desempleados en nuestras ciudades son recursos ociosos que podrían fácilmente ponerse a trabajar en proyectos valiosos y necesarios, mejorando la calidad de todas nuestras vidas a través de trabajos que brinden una mejor atención médica, mejoras ambientales y el desarrollo de nuevos y mejores sistemas de tránsito y Vivienda para América urbana. Ningún argumento económico, por sutil y complejo que sea, puede cambiar la realidad de que todavía hay trabajos de vital necesidad por hacer y hombres y mujeres ociosos para hacerlos.

Esto me lleva al tercer y último hecho del que todos somos muy conscientes: que las grandes riquezas y recursos de este país se distribuyen de manera profundamente desigual. De vez en cuando, en la prensa nacional, uno encontrará alguna mención sarcástica del hecho de que, en medio de la desesperada pobreza de la India, el toro Brahma se considera sagrado y los niños morirán de hambre mientras estos animales deambulan por las calles sin ser molestados. La mayoría de las veces, una tradición religiosa como esta se presenta como un tonto desperdicio de recursos y se ofrece como un gran contraste con nuestras propias ideas supuestamente ilustradas.

Pero Estados Unidos tiene sus propias vacas sagradas, y nuestra actitud es de hecho mucho menos racional que los principios éticos de la religión hindú. Si el pueblo de la India renuncia a su alimentación por el bien de una criatura viviente, ¿qué se puede decir de un país que renuncia a las necesidades de sus niños y el cuidado de sus ancianos por filas relucientes de bombas nucleares y otras armas de destrucción en exceso? de alguna necesidad racional?

Para ser franco, ya no recuerdo la última estimación de cuántas veces más de nuestro arsenal nuclear puede aniquilar a todos los rusos vivos o la relativa "superioridad" que nos otorga. Pero no puedo olvidar que se calcula que recortar nuestro presupuesto militar en menos del 10 por ciento proporcionaría los fondos para un millón de nuevos puestos de trabajo para los desempleados. Y no solo hay marcados contrastes entre la pobreza y la pobreza en Estados Unidos, sino que nuestro sistema tributario, que pretende ser equitativo, ha permitido a los millonarios no pagar impuestos, mientras que el estadounidense promedio contribuye con una parte sustancial de sus ganancias.

Basta con andar por las calles de cualquier ciudad de Estados Unidos para ver que, como dijo una vez mi marido, hemos creado milagros de producción, pero hemos logrado sólo una pizca de justicia. .

Simplemente, no hay duda de que el pleno empleo, un trabajo para cada estadounidense que lo necesita, es un objetivo real y posible si decidiéramos convertirlo en una prioridad nacional.

Y hay razones reales y urgentes por las que deberíamos poner el pleno empleo en la cima de nuestra agenda nacional. No es sólo, como he dicho, que el pleno empleo sería la cura más eficaz para toda la multitud de problemas urbanos que existen, sino que el pleno empleo sin duda crearía progreso en la vida política y social de toda la nación. Reuniría en armonía los intereses de grupos que ahora se enfrentan entre sí a través de un abismo de desconfianza y hostilidad mutuas. Sería un programa que podría ganar el apoyo del trabajador de la construcción blanco, actualmente desempleado debido a la caída de la vivienda, y la juventud del gueto, que nunca ha tenido trabajo. Un Richard Nixon u otros como él ya no podían enfrentar a los trabajadores negros contra los blancos para evitar satisfacer las necesidades de ambos.

Toda la política cínica del racismo —la explotación del miedo de los blancos al desempleo y la ira de los negros ante la exclusión— se debilitaría profundamente y el grave peligro de una polarización renovada se reduciría drásticamente. Esto, junto con la inevitable mejora en la condición de los guetos de Estados Unidos,

marcaría el comienzo de una nueva era en la historia de las relaciones raciales en Estados Unidos.

Por lo tanto, la lucha por el pleno empleo no solo es vital por derecho propio, sino que puede ser la cuestión que reunirá las poderosas fuerzas de la dignidad y la decencia, fuerzas que pueden asegurar un progreso real y significativo en los años venideros.